

Prólogo

La historia de la arquitectura es en gran medida la historia de la arquitectura ecléctica, pues, consciente o inconscientemente, siempre se conserva algo del pasado en el nuevo proyecto del futuro. Este encuentro entre el ayer y el hoy, entre modos y formas que han estado en vigencia en diferentes lugares y en distintos momentos de la historia, tuvo una especial relevancia en el panorama de la arquitectura occidental a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Europa y América se dieron cita entonces con la historia toda y tomando de aquí y de allá lo que mejor les convenía crearon una suerte de acomodaticia fórmula arquitectónica de universal aplicación que todos entendían, pues resultaba original a base de recordar a muchas cosas diferentes sin parecerse a ninguna.

Tres son los elementos que empujaron aquella singular experiencia. De una parte hay que tener presente el espíritu romántico que subyace en este largo período dándole unidad por encima de su aparente distinción formal. En segundo término debe señalarse el papel que juega la historia como referencia obligada por aquel romanticismo que mirando hacia atrás se detenía con especial deleite en la Edad Media sin descartar otras opciones. Por último, el carácter integrador de esta arquitectura que permitía convivir a las formas más dispares dentro de un proyecto unitario, que el dogmatismo de tradición académica hubiera censurado de modo inclemente. Pero la arquitectura del siglo XIX, como si fuera la caja de resonancia del Discurso de Voltaire sobre la tolerancia, hizo compatibles estas actitudes respetuosamente heterodoxas por las que discurrió el mayor interés de los nuevos proyectos.

Así, junto al último clasicismo y a las propuestas filológicamente neomedievales, surgió con fuerza la arquitectura ecléctica propiamente dicha, aquella que respondía al afán de novedad de un tiempo en el que la nueva tecnología del hierro suponía un serio reto a la arquitectura tradicional basada en los estilos históricos. De este modo, los que buscaban la verdadera personalidad de la arquitectura del siglo XIX tanto en la mera técnica como en la erudición de la historia, no se dieron cuenta de que el eclecticismo zanjaba la cuestión en beneficio de una nueva arquitectura que conservaba elementos históricamente reconocibles pero vinculados por una distinta sintaxis. Este sentimiento ecléctico había tenido un buen intérprete y difusor en Víctor Cousin y su libro sobre "La Verdad, la Belleza y Dios".

De alguna manera cabe defender que fue, efectivamente, el eclecticismo la expresión que mejor llegó a definir el espíritu del siglo XIX en el campo de la creación artística, sea ahora la arquitectura como también pudieran serlo la literatura, el teatro o la música, haciendo la observación complementaria de que cuanto más se conoce la música del siglo XIX mejor se comprende su arquitectura y viceversa. Al propio tiempo el teatro, en su doble dimensión literaria y escenográfica, parece un eco de lo que la arquitectura quiere decir y escenificar calladamente en la ciudad. En otras palabras, la arquitectura se rela-

ciona en este momento de modo estrecho con toda otra serie de manifestaciones que complacían los deseos y demandas de una sociedad burguesa que llegó a proyectar en estos ámbitos una fiel imagen de sí misma. Esta es, en sustancia, la imagen subyacente de la arquitectura de buena parte del siglo XIX cuyo eclecticismo radica, en efecto, tanto en el arquitecto como en el cliente.

El eclecticismo, como proyecto de arquitectura, ofrecía la ventaja de ser un sistema abierto frente al modo cerrado del clasicismo y medievalismo. El eclecticismo era versátil y permitía escoger y combinar las fórmulas más convenientes para hacer un templo, un teatro o un ayuntamiento al margen de la ortodoxa tiranía de los órdenes clásicos o del rigor historicista medieval. Los nuevos programas arquitectónicos, la nueva y distinta dinámica social, exigían formulaciones espaciales diferentes de difícil articulación con viejos módulos, con periclitadas recetas, con soluciones constructivas obsoletas, con materiales de probada limitación. De ahí el éxito del eclecticismo como vía que hizo posible una arquitectura en la que lo *nuevo* aparentaba una continuidad aceptada, sobre la base de incorporar hasta el infinito elementos de muy distinto origen y diferente condición. Aquella selección, de todo punto subjetiva, debía hacerse con *discernimiento y buen criterio*, según se recoge en los diccionarios del siglo XIX, de tal modo que suponía un difícil ejercicio reflexivo.

En este sentido el eclecticismo fue sobre todo una actitud antes que un estilo, de ahí que no existan modelos universales como pudo suceder con la arquitectura gótica, renacentista o barroca. En el eclecticismo se participó con y desde el propio talento y de ahí su dificultad, su desigual interés y su distinto valor, pero esto mismo ha ocurrido siempre en la historia de la arquitectura, se hable de una obra del siglo XII o del siglo XX. Lo que sucede con el eclecticismo del siglo XIX es que no contaba con la seguridad prestada del modelo o del estilo definido unívocamente y ello entrañaba un riesgo que se resolvió con muy diferente fortuna.

Para el eclecticismo no había recetarios, ni Serlios ni modélicos Vignolas —dejando ahora aparte la cuota de eclecticismo que estos autores clásicos encierran—, sino que las revistas, repertorios y álbumes de arquitectura mostraban amplísimos muestrarios donde inspirarse de modo libre. El arquitecto debía orquestar según su criterio la imagen final cuyo éxito dependía de su habilidad e ingenio, a cuyas virtudes vendría a sumarse la experiencia y originalidad que le permitiría tener, en todo caso, un “estilo propio”, personal. Los mejor dotados lo alcanzaron. Así, en nuestro siglo XIX se hablaba de un “estilo Villajos” como un subestilo dentro del general eclecticismo.

Estas y otras muchas cuestiones se plantean largamente en los capítulos de este segundo volumen que el profesor Xosé Fernández Fernández dedica a la arquitectura ecléctica en Galicia y que ahora me cabe el honor de presentar. Ello me obliga a recordar que hace más de diez años tuve la ocasión de dictar unas clases en la Escuela de Arquitectura de A Coruña sobre la arquitectura gallega del siglo XIX, que luego el Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia tuvo la deferencia de publicar. Apenas sabíamos nada entonces más allá de los tópicos tanta veces equivocados o mal documentados. Sólo los edificios nos hablaban de su importancia, pero había lagunas insalvables pues era todo un capítulo de la historia de la arquitectura española por hacer y así lo manifestaba entonces.

Pese al encomiable esfuerzo de catalogación y publicación de la arquitectura gallega hecho por el mencionado COAG, había que recorrer ciudades, pueblos y aldeas, ano-

tando, midiendo, haciendo fotos, consultando archivos municipales y de toda índole hasta agotar la información disponible en bibliotecas y hemerotecas públicas y privadas, en una palabra restaba por hacer una labor de campo y de documentación sistemática que permitiera trazar un cuadro equilibrado de la producción arquitectónica en Galicia en el período aquí señalado. Ello posibilitaría la confección de un catálogo razonado de la obra construida, tanto de la conservada como de la demolida, para poder valorarla debidamente; conocer a los arquitectos que protagonizaron aquel apasionante proceso edilicio; establecer las relaciones pertinentes con el resto de la arquitectura española y ver el peso específico —que fue grande— de la arquitectura gallega en el contexto general del país. Era necesario matizar hasta donde fuera posible los rasgos que pudiéramos considerar propiamente gallegos como es, entre otros, a mi juicio, la utilización sistemática de la piedra con unos criterios que por encima de los aspectos estilísticos enlazan de modo incontestable con la tradición canteril de Galicia. En fin, había que estudiar lo general y lo particular partiendo de una escasísima información disponible entonces.

Todo esto y mucho más es lo alcanzado por el profesor Xosé Fernández Fernández, quien ha dedicado muchos años a estudiar con rigor la arquitectura gallega de este período, sobre la que realizó su tesis doctoral defendida en 1992 en la Universidad de Santiago de Compostela. Muchos artículos en revistas especializadas y en la prensa diaria habían ido adelantando esta entrega casi misionera en favor de una arquitectura habitualmente denostada desde el punto de vista estético y físicamente perseguida. Desearía tan sólo destacar ahora dos aspectos de esta investigación que saludamos ya como una de las más sólidas aportaciones a la historia de la arquitectura gallega, la cual, además de tener un conocido y excepcional pasado medieval y barroco, cuenta desde hoy con este nuevo y brillante eslabón que ata los siglos XIX y XX.

De una parte hay que subrayar el esfuerzo hecho por el autor para explicar esta arquitectura no sólo desde un punto de vista meramente formal, externo o artístico, sino desde su entraña histórica, desde las circunstancias políticas, administrativas, municipales, ciudadanas, etc., que daría razón de ser a todos los edificios que aquí se recogen. Siempre hubo detrás de cada uno de ellos razones y resortes que se injertan en una historia más amplia y general que la estrictamente arquitectónica, por lo que en muchos aspectos estamos ante una verdadera contribución a la historia de Galicia entre 1874 y 1914, que son los límites que el profesor Xosé Fernández Fernández se ha marcado. En efecto, se recogen e interpretan aquí sustanciosas noticias de la vida local, institucional y personal de la Galicia de la Restauración Alfonsina que están íntimamente vinculadas a la arquitectura y sin las cuales no se llegaría a interpretar ésta de un modo correcto. Este entretejer la arquitectura con la sociedad gallega es, a mi entender, uno de los aciertos máximos del presente estudio. Parte importante de una viva historia local se recoge en estos concursos, proyectos, ediles, presupuestos, arquitectos, constructores, materiales, notas de prensa, párrocos, juntas, artesanos, ciudadanía en general, etc., que hicieron posible un interesante proceso de construcción de estaciones de ferrocarril, escuelas, balnearios y teatros, que configuran el grueso de este segundo volumen, mostrando la vitalidad no dormida de la sociedad gallega.

El segundo rasgo a destacar es el empeño puesto por el autor en valorar debidamente toda esta arquitectura que, además de salir del anonimato, estaba necesitada de su consideración como patrimonio arquitectónico cuya conservación a todos nos compete. El mejor servicio que desde la Universidad se puede prestar hacia esta herencia es precisa-

mente su estudio y valoración para que nadie pueda seguir alegando ignorancia a la hora de proponer derribos y mutilaciones de difícil justificación. No dejo de ver con íntima satisfacción que se incluyen aquí obras singulares, prácticamente condenadas a su demolición, en cuya defensa pudimos intervenir hasta conseguir su indulto. Me consta que el profesor Xosé Fernández Fernández viene manteniendo esta actitud desde hace años y que en sus clases en la Escuela de Arquitectura de A Coruña ha sabido transmitir este mensaje a sus alumnos. Prueba de esta implicación es, sin duda, la colaboración encontrada en ellos para la formación de gran parte de los planos que enriquecen la documentación gráfica del presente volumen. Su encomiable publicación por la Universidade da Coruña y la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia es el mejor refrendo y el más sólido compromiso hacia el contenido de esta obra.

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO
Catedrático de la E.T.S.A. de Madrid